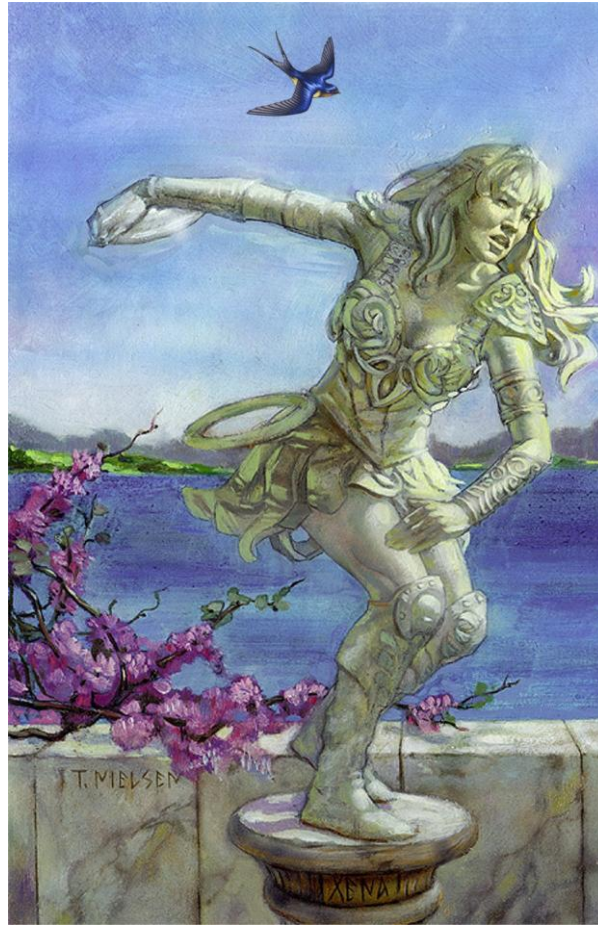


La Princesa y la Golondrina



Durante uno de los últimos viajes del anciano historiador Herodoto a lo largo y ancho de la Antigua Grecia, ya fuese por azar o por mano de los dioses, los pasos lentos y cansados de sus viejas sandalias le llevaron ante las imponentes puertas de grueso roble de Anfipolis; flanqueadas por dos enormes leones rampantes de bronce colocados sobre sendos pedestales a varios metros de altura, era imposible que los visitantes que llegaban por primera vez a la ciudad no levantaran la vista hacia ellos, sintiéndole amedrentados por la feroz expresión de los felinos. Deteniéndose bajo la sombra que proyectaban y apoyándose en su cayado de viaje, observo con detenimiento cada detalle de la magnífica muralla que había permitido a la ciudad rechazar una y otra vez las incursiones persas que llegaban desde el este.

Anfipolis, ciudad portuaria que había acaparado la totalidad del comercio marítimo de la zona y que, tras años de prospera paz, veía como las arcas del tesoro aumentaban gracias a la fama de sus vinos y

la grandes extensiones de olivos que habían convertido el aceite de la zona en uno de los mas apreciados en la lejana Roma.

Deambulando por toda la ciudad y tras haber dado cuenta de un frugal desayuno en uno de los múltiples puestos de comida que abarrotaban la avenida principal, Herodoto se dispuso a continuar con la misión que se le había sido encomendada y que tras largos años continuaba sin visos de que llegara a su fin: realizar un completo catalogo de las principales ciudades así como de sus monumentos, hospederías, tabernas y lugares de posible interés, con el fin de realizar una guía turística que pudiese servir de ayuda a los forasteros y los cada vez mas numerosos visitantes de otras regiones con ansias de aprender de la maravillosa cultura griega.

En una mañana espléndida de finales de año y con un sol radiante que hacia más grata la caminata, tras un breve recorrido sin dirección aparente había llegado a la zona portuaria, donde tomaba nota mental del trasiego de los mozos de carga subiendo y bajando mercancías de los barcos, los gritos de los capitanes apremiando a terminar las faenas, así como de la variedad y mezcla cultural que allí se daba. En poco tiempo había oído hablar en latín, egipcio y varios dialectos que le eran desconocidos.

Tras comprar a un vendedor ambulante dos manzanas que guardo en el zurrón, permanecía sentado en un cajón aparentemente abandonado realizando un detallado dibujo del puerto; no pudo evitar una sonrisa al ver como los mercaderes discutían acaloradamente, e intentaban hacerse entender por gestos intercambiando a gritos sus productos, mientras los niños correteaban descalzos entre la gente metiéndose en el camino de los marinos y obligando a mas de uno a hacer equilibrios, evitando tirar los fardos que transportaban en la cabeza. Un segundo boceto comenzó a salir del carboncillo cuando vio un numeroso grupo de gente que se arremolinaba en círculo en torno a una persona. Picado el anzuelo de su inagotable curiosidad y guardando el pergamino se encamino hacia aquel lugar en el que una cada vez mas numerosa multitud se agolpaba.

En el camino le ofrecieron abalorios llegados desde las lejanas costas de Iberia, cerámicas de todos los colores y sedas traídas del lejano oriente. Rechazando amablemente todas, no pudo por menos que ceder ante la insistencia de un escriba que vendía pergaminos a

precio de saldo y que no paraba de tirarle de la manga de su túnica, ocasión que aprovecho para avituallarme de más tinta y auténticas plumas de grifo. Sonriendo ante la ocurrencia del vendedor apresuro el paso hacia el gentío.

Al llegar le fue imposible ver nada por encima del hombro de los allí congregados así que se abrió paso hasta llegar a la primera fila, donde un corro de niños escuchaban atentamente las palabras de otra pequeña, que era la que acaparaba la atención del público.

Mirándola entre sorprendido y divertido, la sonrisa del anciano historiador se desvaneció al contemplar como la manera de expresarse y narrar en absoluto eran las de alguien de su edad. Su cabello rubio y rizado caía sobre los hombros como una cascada envolviendo una carita redonda de mejillas rosadas y unos grandes y profundos ojos azules.

Vestía una sencilla túnica color salmón y sentada sobre un saco con las manos unidas en el regazo hablaba lo suficientemente alto para que todo el mundo pudiese oírla sin esfuerzo.

- ¿Que historia queréis hoy?- dijo con voz suave y con una sonrisa dulce como jamás había visto.
- ¡LA DE LA PRINCESA Y LA GOLONDRINA!- corearon todos los pequeños aplaudiendo entre divertidos y expectantes.
- Ayer os conté esa misma historia... y antes de ayer- carcajeo y su risa sonó como campanillas, había algo en aquella niña que hacía que todo el mundo permaneciese atento a todas y cada una de las palabras que pronunciaba como si de un hechizo se tratase- esta bien- accedió con una leve inclinación de la cabeza.

Hubo un tiempo en el que toda Grecia se hallaba inmersa en guerras internas en las que los señores de la guerra campaban a sus anchas, arrasando y destruyendo todo a su paso. Un tiempo de caos que parecía no tener fin, eran tiempos oscuros que ahora parecen olvidados, pero de las cenizas de una tierra asolada, surgió una mujer con el suficiente valor y fortaleza para llevar la paz a los corazones de las gentes de bien, su nombre era Xena.

Los años pasaron y al final gracias a su ayuda, Grecia volvió a ser una nación en paz; fue aquí en Anfipolis donde libró su última batalla expulsando para siempre a los ejércitos romanos de nuestras tierras.

Pero su destino estaba más allá de nuestras tierras y marchó hacia el este, mucho más lejos de lo que jamás nadie había llegado.

Todo el mundo esperó su regreso, sin embargo pasaron los años y no se volvió a tener noticia de ella, ni de la joven cronista que la había acompañado en sus viajes.

Con el tiempo, el consejo de Atenas decidió por unanimidad y con el apoyo popular erigir una estatua en su honor en el puerto de Anfipolis, sobre un pedestal del mármol de tres metros de altura, la estatua sería de bronce recubierta del más preciado oro y adornada con joyas y piedras preciosas. Una estatua que resplandeciese con el sol y pudiese ser vista en la distancia haciendo recordar sus hazañas.

Dos años habían pasado desde que la estatua de Xena fuese colocada en el puerto de la ciudad y muchos eran los viajeros que a diario se acercaban, tan solo para poder tocar el pedestal en el que se encontraba la efigie de su salvadora. Con el tiempo se había convertido en todo un símbolo de la resistencia y la tenacidad del pueblo griego y desde todas partes del mundo conocido se acercaban peregrinos a ver la esplendorosa estatua que tanta fama estaba dando a la ciudad.

Incluso se había creado toda una gama de recuerdos que se vendían en los tenderetes a su alrededor y que vendían replicas de la misma. Desde la mítica arma que colgaba de su cadera realizada en cerámica o pintada en el fondo de platos, así como supuestos pergaminos de su compañera podían encontrarse en el mercado.

Sin embargo y ajena a todo el ajetreo que a sus pies se formaba diariamente, la estatua de Xena escrutaba el horizonte pensativa, su piel brillante era pulida cada mes para que no perdiese el lustre y si bien aquello no la importunaba, le parecía una pérdida de tiempo que se empleara tanto esfuerzo en dejarla como una patena habiendo tanta gente necesitada de ayuda en la ciudad.

A pesar de que todo estaba en calma, desde su posición privilegiada podía ver hasta el rincón más alejado de la ciudad y percibía cosas que a los simples ojos de los mortales no eran visibles y eso la entristecía. Como la creciente pobreza de algunos de sus habitantes, mientras que los ricos mercaderes del puerto se enriquecían cada vez más.

En estos pensamientos estaba una mañana, cuando unos pequeños aleteos le sacaron de su ensimismamiento. Sin apenas darse cuenta, el verano había llegado a su fin y aunque todavía los días eran agradables las horas diurnas se acortaban rápidamente. De nuevo los aleteos y otra bandada de pájaros se alejaron en dirección al sur en busca de un clima más cálido para el próximo invierno; por ultimo un grupo de golondrinas que se quedaron picoteando el grano esparcido por el suelo del puerto, como ultimo alimento antes de emprender el largo viaje a través del mar.

Tras aquella breve distracción, volvió a dirigir su mirada impasible hacia el horizonte a través de las gemas que adornaban sus ojos. Una rezagada golondrina se poso en su hombro, paso el pico por entre las plumas alisándolas y descanso dejándose acariciar por los últimos rayos de sol.

- Hola pequeña- sonó la voz de la estatua.

La golondrina dio un leve salto sorprendida por la voz que surgía de aquel extraño árbol brillante, observándola con los ojos entrecerrados.

- No sabia que los árboles pudieran hablar- dijo con un trino.

- Tampoco yo que los pájaros lo hicieran- pareció sonreír-; no soy un árbol soy una estatua y disculpa si te he asustado.

- No lo has hecho, gracias- respondió amablemente.

- ¿Hacia donde os dirigís?- pregunto alegre por tener alguien con quien conversar.

- Ummm, al sur- replico pensativa.

- ¿Egipto?.

- No- la pequeña golondrina giro la cabeza con curiosidad-, simplemente al sur.

Era extraño pero la golondrina parecía ser la única de su bandada que comprendía las palabras de la estatua, así como la Princesa Guerrera conocía el significado de cada uno de los trinos.

- Este año el invierno esta llegando demasiado pronto- susurro con pesar.

- En fin, encantada de haberte conocido.

Extendió las alas disponiéndose a planear para iniciar de nuevo el vuelo cuando la estatua de Xena la interrumpió.

- Perdona que te entretenga mas de lo debido en tu viaje pero necesito tu ayuda- la golondrina entrecerró sus ojos color esmeralda-, hay una pareja de ancianos que viven cerca de aquí, el marido no puede salir a pescar pues es muy viejo y su mujer ha caído enferma. Apenas tiene para comer y pagar al curandero las medicinas- el ave permanecía atenta a sus palabras mostrando una gran paciencia-, mi piel es de oro puro. ¿Podrías arrancarme una tira con ayuda de tu pico y llevársela hasta ellos? .

La idea no le pareció buena.

- ¿Quieres que te arranque una tira de piel?, pero eso te dolerá- repuso con alarma ante la idea-, a mi no me gustaría que me quitasen ninguna pluma aunque fuese para ayudar a alguien.
- No te preocupes, soy de bronce y nada puede dañarme. Simplemente es una capa dorada que para mi no tiene mas valor del que pueda tener para ti un guijarro. Por favor ayúdame-sonrío.
- Esta bien, pero si te hago daño avísame y parare inmediatamente.

Con el mayor cuidado del mundo comenzó a picotear en el hombro de la estatua lanzando leves miradas a cada picotazo, por si en su cara aparecía el más mínimo atisbo de dolor, por contra, la estatua se mantuvo impasible. Picoteando un buen rato, al final logro hacerse con una lámina de oro como la palma de la mano.

- Ufff, esto ha sido mas duro de lo que pensaba- sentía un leve cosquilleo en el pico -ahora se lo llevare-, emprendió el vuelo rauda hacia la ventana que previamente le había indicado la estatua, tres manzanas mas abajo.

El anciano se hallaba dormido en una silla con la cabeza apoyada en la mesa y los brazos como almohada, no le costo ningún esfuerzo entrar en la habitación dejando a continuación el trozo dorado sobre la cama donde se encontraba durmiendo la anciana. Antes de marcharse, picoteo en el cristal y el anciano despertó pensando que era su esposa llamándole, sin embargo su rostro se torno en alegría cuando vio el oro, lo tomo y fue corriendo a comprar las medicinas que la curarían.

- Ya está hecho, En fin, encantada de haberte conocido- se dispuso a volar.
- Gracias y perdona que te importune una vez mas pero, hay un niño pequeño que todos los días se para frente a una vitrina en una juguetería, siempre se queda mirando el caballo de madera de la misma pero sus padres son tan pobres que no pueden permitirse comprarlo. ¿Podrías tomar otro pedacito de piel y llevárselo?
- Esta bien- dijo sin pensárselo dos veces-, pero después tendré que irme no quiero que se haga de noche, además mis compañeras ya se han marchado.

Una vez mas fue hasta donde se encontraba la juguetería y espero a que el niño pasara por allí, vio la tristeza reflejada en su rostro y dejo caer el trozo dorado sobre su cabeza, en un principio la tomó por una hoja llevada por el viento, pero cuando se la enseñó a sus padres asombrados por la suerte que había tenido el niño, entraron en la tienda y momentos mas tarde el padre llevaba envuelto el caballo para el niño, así como otros juguetes para sus hijos.

- Esta vez debo irme- trino alegremente en forma de despedida y comenzó a aletear.
- Disculpa una vez más mi insistencia, pequeña golondrina, pero... ¿podrías hacerme otro pequeño favor?.

Lejos de enojarse, el ave suspiro y escucho el nuevo recado de la estatua.

Lentamente y sin que apenas se dieran cuenta, los días del otoño llegaron mientras la golondrina desprendía de la dorada capa a la estatua de la Princesa Guerrera.

Una niña ciega había podido comprar un perro lazarillo que se había convertido en su mejor amigo, una pareja de novios de familias enfrentadas al trabajar como un simple pescador él y ella ser la hija de un rico mercader, se habían casado tras encontrar repentinamente el joven una fortuna en laminas de oro en su barca una mañana.

Misteriosamente y aunque el refrán dice que el oro no da la felicidad, las gentes mas desfavorecidas de la ciudad recuperaban su alegría mientras Xena perdía su piel de oro convirtiéndola en una sencilla estatua de bronce.

- Esta vez tengo que irme- dijo con tristeza-, pues si continuo retrasando mi viaje el invierno vendrá y entonces me será imposible sobrevivir.
- Lo comprendo pero hazme tres últimos favores y podrás seguir tu viaje- sonrió a su vez con tristeza por su pronta partida.
- Que es lo que quieres que haga- trino con alegría, pues no veía el momento de su marcha hacia lugares más cálidos llenos de comida.
- Hay un orfanato en extremo de la ciudad, hace dos días se incendio...
- ¿El día de la tormenta?- pregunto.
- Si. Un rayo prendió el tejado y no se pudo hacer nada por apagarlo - tras una breve pausa continuo-, la empuñadura de mi espada es una esmeralda, la más perfecta que jamás se talló. Debería ser suficiente para edificar un orfanato nuevo.

Con un leve asentimiento de su cabecita comenzó a picotear alrededor del pomo de la espada, tras varias horas de esfuerzo pues había sido engarzada con plomo, se soltó.

Exhausta, descanso un rato en el hombro en el que cada noche quedaba dormida protegida del insistente viento del norte que azotaba la costa, entre los cabellos de la estatua había encontrado un hueco que se ajustaba a su cuerpo para descansar.

Aunque la gema pesaba mas que las laminas doradas, la llevo con gran esfuerzo hasta el almacén en donde habían refugiado provisionalmente a la mujer y todos los niños. Cuando descubrieron el regalo que había aparecido en el regazo de la más pequeña, que dormitaba entre mantas, no daban crédito a sus ojos y entre risas y llantos dieron gracias a los dioses por aquel regalo.

- Y bien, ya he terminado- dijo amablemente, por muy pesado que pareciera el encargo o el peso del mismo no afectaba al animo de la golondrina-, ¿que debo hacer ahora?.
- Junto al muelle hay un joven muchacho también pescador, perdió una pierna en un accidente y su sueño era ser capitán de su

propia embarcación. Mis ojos son dos aguamarinas- la golondrina se asusto por lo que a continuación sabría que le pediría-, sácalas de sus cuencas y llévaselas.

- ¡Pero no puedo hacer eso!- dio cortos trinos que imitaban chillidos-, si te quito las aguamarinas no podrás ver y... ¿ que harás entonces privada de la visión? .
- No te preocupes, como ya te dije hace semanas soy una estatua y por lo tanto no puedo sentir dolor- sonrió amablemente ante la preocupación de la golondrina-, además, mis ojos ya han visto demasiados amaneceres, no los necesito.

No sin reticencia comenzó a picotear primero el ojo izquierdo con mucha delicadeza y a cada picotazo pequeñas lagrimas asomaban a sus ojos. Salió una y después la otra.

Tras realizar el último encargo, se dispuso a despedirse de la nueva amiga que había hecho.

- Gracias por haberme ayudado tanto, yo no podría haberlo hecho sola pues como puedes comprobar carezco de movilidad- sonrió irónicamente.
- Hasta la próxima estación, prometo regresar a visitarte- sonrió a su vez.

Iniciando el vuelo al principio con cortos aleteos, fue elevándose para a continuación coger velocidad, pero cuando se encontraba a buena altura giró la cabeza para ver por última vez la deslustrada superficie de la estatua.

Ya no se trataba de la figura dorada y brillante que le había llamado tanto la atención el día que se poso en su hombro.

Desprovista del oro, el bronce había comenzado a tornarse verde en algunos lugares, oscureciéndose en otros y dándole un aspecto oxidado, pero fueron sus ojos los que la hicieron dudar, aquellos ojos vacíos.

Alguien que era capaz de sacrificar su vista no podía quedarse sola; maldiciéndose a sí misma por lo que iba a hacer giro en el aire.

El frío del norte le atería las alas pero aun así continuo volando hasta llegar de nuevo su acogedor hombro. La estatua escucho el aleteo que tan familiar se había vuelto para ella y que tanto le agradaba.

- ¿Porque has regresado?, si no te das prisa en una semana el invierno estará aquí y comenzaran las nieves, tienes que marcharte- dijo preocupada.
- Lo siento pero no puedo dejarte aquí sola, no así, has ayudado a mucha gente y aunque ellos no lo sepan, yo si. Y no pienso abandonarte, a partir de ahora yo seré tus ojos.

La estatua permaneció callada con una única sonrisa como respuesta.

Pasaron los días y la gente dejo de ir a los pies de la estatua pues al desaparecer su lustre y acercarse la fiesta del Solsticio, perdieron todo interés por Xena, centrándose en sus nuevas vidas que misteriosamente habían mejorado.

Por toda la ciudad se escuchaban rumores de pequeños duendes dejando regalos de oro y piedras preciosas cuando la gente dormía o se hallaba distraída.

Una mañana, la pequeña golondrina regresó con un vuelo cansado hasta el lugar que se había convertido en su hogar, el hueco entre el hombro y el pelo de la Princesa Guerrera. Temblaba visiblemente y apenas había conseguido unos granos de trigo para comer en todo el día. Sus plumas estaban mojadas con la lluvia que poco a poco se convirtió en nieve.

- Estas temblando, ¿te encuentras bien?- pregunto preocupada Xena.
- Siii, si, si- dijo castañeteándole el pico-, es solo un poquito de frío nada más.
- Acurrúcate bien pues esta noche será bastante mala- le aconsejó-, yo te cantare para que puedas dormir.

Y durante aquella noche pudo escucharse en toda Anfipolis la melodía mas dulce percibida jamás por oídos mortales.

A la mañana siguiente, los niños bien arropados con gruesos mantos iniciaron guerras de bolas de nieve por toda la ciudad, mientras otros hacían muñecos con los copos que habían caído la noche anterior terminando de cubrir las calles. Se podían escuchar villancicos por todas partes y la alegría reinaba en el ambiente.

- ¿Escuchas eso pequeña?- pregunto divertida escuchando a los niños jugar.

No obtuvo ninguna respuesta.

- ¿Golondrina?- pregunto suavemente comenzando a alarmarse-, ¿te encuentras bien?.

Entonces pudo escuchar la cascada voz de una anciana junto al pedestal.

- Vaya, vaya, ¿que tenemos aquí?. Pero si es una golondrina ¿te has perdido pequeña?. Hace mucho tiempo que las tuyas se fueron al sur... pobre, esta helada. Por todos los dioses, que extraño - interrumpió su solitaria conversación-, tiene el pico manchado de dorado, nunca había visto a una como tu. En fin, si este es el lugar que has elegido para descansar, que así sea.

La anciana enterró con todo cuidado a la golondrina a los pies de la estatua y aquel día, todos los que pasaron por la plaza contaron durante generaciones que vieron como de las cuencas vacías de la estatua de la Princesa Guerrera, brotaban pequeñas gotas de hielo. Lagrimas de cristal que fueron cayendo a sus pies allí donde yacía la golondrina.

Para cuando la niña terminó de contar la historia un largo silencio se hizo entre el auditorio, todo el mundo limpiaba sus ojos con pañuelos multicolores e incluso los mas aguerridos marineros sorbían las narices diciendo que algo se les había metido en los ojos. Incluso a Herodoto le costaba retenerlas y sus ojos estaban empañados por las mismas.

- ¿Y que paso con la estatua?- pregunto una niña.
- Todavía no he terminado- sonrío y su carita fue como un sol en mitad de una tormenta. Seguía habiendo algo en aquella niña que alegraba sus corazones a pesar de lo que habían escuchado.

Una mañana, la diosa Afrodita se levanto y mando llamar a Cupido. Estas fueron sus palabras:

- Ve a la tierra y tráeme las dos cosas más valiosas que encuentres.

Durante ese tiempo y ante las protestas de mercaderes influyentes que se quejaban sobre la mala impresión que daba una estatua tan fea como aquella deslustrada y sin gemas a la ciudad y haciendo oídos sordos de la opinión del pueblo, Xena fue bajada del pedestal y

fundieron la estatua, utilizando el bronce para hacer anclas. Sin embargo fue del todo imposible conseguir fundir el corazón de bronce de la Princesa Guerrera, por la ciudad se extendió el rumor de que ni con la fragua de Vulcano se podría fundir un corazón tan noble, así que al no encontrarle utilidad alguna, el herrero encargado de forjar las anclas, lo arrojó a un rincón desechándolo.

Semanas mas tarde, el dios se presentó ante Afrodita portando un cojín, en el cual se acomodaban una pequeña golondrina y el corazón de bronce de la estatua.

Ante tan maravillosa elección, Afrodita utilizó su poder para reconstruir la estatua tan magnífica como lo había sido siempre. Sus manos extendidas hacia el frente en forma de cuenco y con una pequeña golondrina de oro sonriente reflejándose en dos azules aguamarinas.

El público irrumpió en vítores y se daban abrazos de alegría. Ante su propio asombro, Herodoto se encontró riendo como un niño; aquella historia era digna de ser guardada en sus pergaminos, así que conforme se disolvía el grupo y abriéndose camino hasta la niña, justo en el momento en que iba a llegar a su lado, la pequeña se giró lentamente, le guiño el ojo haciendo un mohín y desapareció con un fogonazo de luz...

FIN

Narración adaptada por Kenderzico,
basada en un cuento de Oscar Wild.